

SOBRE LA VIOLENCIA¹**Antonio Candido***Traducción y nota de Rebeca Errázuriz*²

En un artículo publicado en esta página, el ilustre profesor Miguel Reale comentó de manera bastante parcial la entrevista que di, hace algún tiempo, al *Jornal da USP*³. Destacando un fragmento y separándolo del resto, afirma que yo levanto la bandera de la violencia y de la lucha armada, lo que es exagerado e incorrecto. Levantar la bandera significa, si no me engaño, proclamar y preconizar con entusiasmo una idea o un tipo de conducta. No es el caso de mi entrevista, cuya tónica es otra.

Lo que pretendí decir fue que, para mí, el socialismo no está acabado y continua siendo válido como solución posible para los graves problemas generados por la desigualdad económica y social y, por lo tanto, para promover la humanización del hombre. Ya que está de moda el elogio al capitalismo como vía única, recordé que si éste se tornó humanamente más tolerable, no fue por mérito propio, sino por haber sido obligado a hacer concesiones frente a la lucha que el socialismo viene promoviendo hace algo más de un siglo. Dije, además, que concibo la posición de los socialistas según una visión que llamé bifocal: a lo lejos está el ideal de una sociedad igualitaria; cerca, las tareas posibles en la sociedad en que vivimos. A propósito, señalé que, a mi parecer, la social-democracia funciona bien en los países más adelantados; pero en los del Tercer Mundo, como el nuestro, no veo su viabilidad, prefiriendo hablar de socialismo democrático.

¹ Publicado originalmente en el diario *Folha de São Paulo* el 22 de diciembre de 1991.

² Socióloga. Doctora (c) en Estudios Latinoamericanos. Filiación institucional: Universidad de Talca / Universidad de Chile. Correo electrónico: rebelais@gmail.com

³ Antonio Candido se refiere aquí al artículo “Como anda a esquerda brasileira no meio da grande crise”, *Jornal da USP*, n° 196, año V, São Paulo, 18 al 24 de noviembre de 1991. En este artículo, Fernando Conceição recoge las opiniones de Antonio Candido junto a las de Fernando Henrique Cardoso, José Arthur Giannotti, Leôncio Martins Rodrigues y Roberto Romano.

¿Cuál es la diferencia? El social-demócrata (que proscribía la revolución), rechaza la violencia más acentuada, en cambio, a mi modo de ver, el socialista democrático puede aceptarla si fuese necesaria para alcanzar las metas ideales. No porque disfrute de ella, sino porque ella es un tipo de comportamiento que puede ocurrir eventualmente en la vida política. Dije, finalmente, que, en la actualidad, no me parece que haya en Brasil condiciones para la vía revolucionaria y que la opción es actuar democráticamente a fin de conseguir lo que fuese posible. Por lo tanto, el problema de la violencia estaba propuesto en un nivel doctrinario y en un contexto amplio, significando una cosa distinta de la simplificación efectuada por el profesor Miguel Reale. En una palabra, se trataba no de preconizar, sino de reconocer su posibilidad.

Pero, como tal vez yo haya ordenado las ideas de manera menos clara, aprovecho la oportunidad para citar otra entrevista, a la revista *Teoria & Debate*, del PT⁴, a comienzos de 1988, cuyo texto pude leer. El entrevistador preguntó: “¿Usted está a favor de la lucha armada?”. Respondí: “prefiero proponer la cuestión del siguiente modo: la violencia no es esencial, ella es una posibilidad constante y una necesidad eventual de cualquier acción política y la izquierda no es la excepción. El problema es saber cuándo y cómo ella debe ser usada, y allí es cuando se aprecia la capacidad del político. Estoy en contra de la violencia romántica e individualista, contra la violencia por la violencia. Frecuentemente la lucha armada pertenece a una de esas categorías. Pero está claro que, cuando ella se basa en una concepción revolucionaria correcta y se traduce a través de una organización adecuada, puede ser un factor decisivo y necesario”.

Quiero decir con esto que mantengo mi punto de vista, pero en el contexto en que lo expuse, inclusive recordando la distinción entre el plano de la filosofía política y el plano de la práctica política. Y veo ahora que es inconveniente poner lado a lado los conceptos de violencia revolucionaria y lucha armada, porque la historia reciente de Brasil dio a ésta una connotación muy especial, con la cual nunca estuve de acuerdo, aunque admirando la capacidad de sacrificio de muchos que en ella perdieron la vida, la libertad y la integridad física.

⁴ Partido de los Trabajadores.

Dicho esto, no puedo concordar con el profesor Miguel Reale, cuando dice que Sorel⁵ aplaudiría mi modo de ver. Para mí, la violencia es un instrumento que puede o no ser usado; para Sorel, es el camino inevitable. Curiosamente, él inspiró a los fascistas a la derecha y a los anarco-sindicalistas a la izquierda. Como nunca fui ni una cosa ni la otra, nunca adopté su punto de vista, que puede desembocar en una especie de culto a la violencia. Digo más: nunca la preconicé ni adherí a ninguna de sus formas en casi medio siglo de participación en el movimiento socialista, y verifico que, en Brasil, ella ha sido usada en política, en la mayoría absoluta de las veces, por la derecha y el centro, como fue el caso del golpe militar de 1964, cuando impecables liberales, amantes de la pureza democrática, cultores de la ley, la estimularon y adhirieron a ella con entusiasmo. De él participó el profesor Miguel Reale, como miembro del gobierno del Estado de São Paulo, y me acuerdo de haberlo oído en la radio, durante la noche, para mí, siniestra del 31 de marzo (¿o sería 1º de abril?), comunicar la eclosión y hacer apología del movimiento armado con un ardor que, aquí sí, parecía caracterizar a quien levanta banderas.

Pues bien, en aquel momento, ¿estaría él convencido de que realizaba una acción democrática, legal y sin violencia? Lo que apoyaba era una guerra civil en curso, con el general Kruel por la Vía Dutra y el general Mourão descendiendo de Minas, previéndose un choque sangriento con el famoso “dispositivo militar” del que hablaban los oficiales legalistas. Y eso no aconteció porque el presidente Goulart, hombre pacífico y blando, prefirió la retirada. Él era el jefe de la nación, electo por el voto popular, y los partidarios del golpe estaban subvirtiendo la legalidad por medio de la fuerza.

Nótese que digo esto sin la menor intención de censurar al profesor Miguel Reale, que, en aquel momento, actuó ciertamente de acuerdo a sus convicciones. Mi intención es mostrar con ejemplos concretos que la violencia es un ingrediente eventual de la acción política de derecha, centro o izquierda. Sólo que cuando la usan, tanto la derecha como el centro, acostumbran opinar que es legítima y benéfica, siendo intolerable y brutal cuando la

⁵ Se refiere a Georges Sorel (1847-1922), filósofo francés cuyo pensamiento ejerció una poderosa influencia sobre la filosofía política de la primera mitad del siglo XX. Su obra de 1908 *Réflexions sur la violence* y la importancia que le dio a la noción del mito, influyó igualmente en el pensamiento de la Escuela de Frankfurt –muy principalmente en Walter Benjamin– como en el pensamiento fascista. Se le considera el padre del sindicalismo revolucionario.

izquierda lo hace. Para la derecha, ésta puede incluso ser “sagrada”, como escribió años atrás en esta misma página un intelectual bastante conservador, indignado porque el gobernador Franco Montoro no mandara a pasar por el fuego a los manifestantes que derrumbaron el gran *Palácio dos Bandeirantes*, en los primeros días de su mandato.

Algo más sobre estas diferencias de apreciación: el profesor Miguel Reale se espanta porque digo en la entrevista que, en el caso de una implantación eventual del socialismo, debería reinar una convivencia democrática, con un pluripartidismo y libertad de prensa, con restricciones únicamente para los contra-revolucionarios, es decir, para aquellos que actúen activamente con el fin de destruir lo que fue conquistado. El espanto me parece injustificado de parte de un participante del movimiento armado de 1964, luego del cual no faltaron los juristas que declararon que la justicia debería ser más resuelta con los adversarios, pues la llamada revolución creaba su propia legalidad. Y, en cuanto a la pluralidad de los partidos, recuerdo que en 1965 todos fueron cerrados, inclusive el Socialista, al que yo pertenecía. Parece, por lo tanto, que atropellar las leyes para facilitar la represión y cerrar agremiaciones no es violencia cuando la iniciativa viene de la derecha. Pero, como dice Riobaldo⁶, “pão e pães é questão de opiniões”.

⁶ Personaje central de la novela de João Guimarães Rosa *Grande Sertão: Veredas*, de 1956. La frase completa dice así: “Enfim, cada um o que quer aprova, o senhor sabe: pão e pães é questão de opiniões”.
